

# LA IBERIA

## DIARIO LIBERAL

### PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID: Núm. 14 ra.—Provincias: Suscripción directa, trim., 46 rs.; sem., 90.—Por comisionado ó viajante en las Provincias, trim., 54 rs.; sem., 102; año, 200.

Antillas, 180 rs.; cop. y América del Sur, 200 rs. sem.—Francia y Portugal, 76 rs. (20 francos) trim.—Rusia de Europa, 180 rs. sem.—Países con que España no ha celebrado convenio postal, 200 rs. semestral.

Las suscripciones deben pagarse al hacer el pedido de cada una de ellas.

RECIENOS AJUSTOS: Un real.—Anuncios, un real línea; comunicados, de 4 á 20 rs. líneas.

La redacción no responde de los originales que se le remitan, ni se encarga de devolverlos.

### FUNDADOR:

D. PEDRO CALVO ASENSIO.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: Administración de LA IBERIA, Valverde, 18, y en todas las librerías.

PROVINCIAS: Oficinas de LA IBERIA, girando directamente, ó en casa de nuestros comisionados.

Cuba: Habana, Charlaín y Fernández.—Filipinas, Administración del Diario de Manila.—Lisboa, D. Juan de la Torre, 64, rua Dos Casas dos soldados; 64.—Paris, librerías Denné Schmitz, rue Favart, 2; Braquet, rue de l'Abbaye, núm. 8; y en la librería Española del Pasaje Jouffroy.—Londres, A. Soriano, 3, Guilford Place, Russell Square, W. C.—New-York, H. Baillière, y en las principales librerías de todos los países.

### CRÓNICA PARLAMENTARIA.

Los artículos 11 y 12 del dictamen sobre reformar la legislación de ferro-carriles ocuparon ayer tarde á la Asamblea Constituyente por espacio de cuatro horas, quedando el último retirado por la comisión para ser redactado de nuevo.

Antes de entrar en esta discusión se dió cuenta de una proposición de los diputados de Puerto-Rico, pidiendo que las Cortes acuerden que el ministro de Ultramar no pueda legislar por medio de decretos ni órdenes en dicha isla sobre ninguno de los ramos políticos, económicos, administrativos ni sociales.

A instancia del señor ministro de Fomento, que hizo uso de la palabra por no hallarse presente el de Ultramar, fué aplazado el apoyo de esta proposición.

No es para nadie dudoso que siempre, y mucho más, en estos momentos, cuando está vencida y casi á punto de concluir la insurrección cubana, la proposición de que hemos dado idea enfrana una cuestión gravísima, que hay precisión, no obstante, de resolver en armonía con los principios fundamentales de la Revolución de setiembre, que por fortuna sirven de norma á todas las resoluciones ultramarinas desde que ocupa el banco azul y desempeña la cartera del ramo el actual ministro.

comision señor García Briz. Hizo este señor diputado una brillante defensa del artículo 12, combatiendo la enmienda, y desbarató los argumentos del diputado de oposición, haciéndole ver y demostrando que no había contradicción en el sistema propuesto por la comisión, la cual facilitaba mucho los convenios, excluyendo la junta de acreedores y admitiendo las adhesiones.

Se ocupó uno por uno de todos los argumentos empleados por el señor Toro, y los combatió victoriosamente, dando por resultado el que la enmienda fuese desechada en votación ordinaria.

Puesto á discusión el artículo, le impugnaron ligeramente los señores Rojo Arias y Ramos Calderon, y le defendió el presidente de la comisión, señor Villalobos, que le retiró por fin para presentarlo redactado de nuevo y de acuerdo con ciertas apreciaciones de los impugnadores que admitía la comisión, con lo que se levantó la sesión.

### POLÍTICA.

#### POR SI ES TIEMPO.

Sinceramente consecuentes con todas nuestras ideas, y reconociendo siempre la altísima importancia que hoy puede seguir teniendo para la causa de la libertad la conciliación de los partidos revolucionarios, somos los primeros á lamentar el desviamiento de una parte, siquiera sea insignificante, de cualquiera de esos partidos del camino naturalmente trazado por la Revolución. Pero cuando en ese desviamiento, y cuando en las hondas diferencias que surgen hoy, por desgracia, en la manera de apreciar y resolver las cuestiones políticas de más trascendencia, vemos los esfuerzos que se hacen para arrastrar á un partido entero por unos euanos descontentos de su propia obra, y harto apegados á recuerdos de doctrinismo que creíamos borrados para siempre por el brillante innovador programa de Cádiz, nuestro sentimiento es más profundo, y nuestro espíritu conciliador, y aun más nuestro patriotismo, nos obligan en estos momentos críticos á ser severamente francos, por si nuestra franqueza puede atraer aun á los ciegos que se desvían.

No influirá nunca en nuestro ánimo, al dirigir nuestra voz á la unión liberal, el mal efecto que nos produce la notoria injusticia con que hoy, como ayer, como siempre, se aprecia por hombres eternamente preocupados del espíritu del partido progresista, siempre obediente á la ley suprema é ineludible que es la base de sus aspiraciones y el fundamento de toda sociedad humana. Esas apreciaciones gratuitas que se hacen por los que no pueden disimular su odio á nuestra generosa idea, que se mal encubren cuando se estampan en la prensa periódica, y que se presentan en toda su desnudez en las tertulias y en los improvisados círculos políticos de cierto género, no queremos ni podemos tenerlas en cuenta cuando tratamos de hacer un supremo esfuerzo para contribuir á evitar lo que no es conveniente que suceda hasta que la existencia de lucha política entre los partidos revolucionarios sea realmente fecunda, como lo será algún día, para los sagrados intereses de la patria.

Amamos aun la conciliación, porque queremos que la obra revolucionaria se complete; pero no podemos amarla con menoscabo de la Revolución.

Mediten bien la verdadera intención de nuestras palabras los que tan torcidamente suelen interpretar nuestras intenciones. Los partidos coaligados por una necesidad de todos y para realizar una aspiración legítima del país, que responde á las aspiraciones de nuestra época, han caído, han tenido que ceder mucho de las exigencias de su manera de ser histórica, han tenido que cubrir las imágenes del pasado con el gran lienzo en que se dibujaron con valor los caracteres de las nuevas conquistas, para colocarlo con veneración sobre el ara de la patria, en qué todo hay que sacrificar á la realización de las esperanzas que solemnemente se han hecho concebir á este noble pueblo.

Esa cesión y esos sacrificios se han llevado á cabo en sentido del progreso y del perfeccionamiento político y social. Esa cesión y esos sacrificios han debido hacerse con sinceridad por todos, por todos con fé en la idea revolucionaria, por todos olvidando el pasado de su partido y con atención exclusiva y constante al porvenir de la patria.

Ahora bien; ¿era posible cejar en el camino sin faltar á esa fé jurada, sin renegar de la magnífica obra que nos ha reconquistado el aprecio y la admiración de los pueblos libres?

Los partidos revolucionarios debían ver y veían claramente después del triunfo que estaban colocados entre dos abismos que era preciso evitar, con las lecciones del pasado el de atrás, y el de adelante con la prudencia que exige no ir sino hasta donde las necesidades y los propios elementos del país lo permitiesen.

A uno de los abismos sólo podía llevar la impaciencia y la ceguera. El partido republicano, desesperado con el mal consejo de la pasión, y arrastrado por las masas ignorantes y excitadas por fatales predicaciones, recorrió pronto el camino que conducía al abismo que la Revolución tenía delante. Su ceguera y su injustificada impaciencia han hecho sufrir á la patria; pero en el abismo, por fortuna, sólo ha caído el partido republicano, víctima del más horrendo suicidio.

En el abismo que la Revolución dejaba detrás había caído un trono secular con todas las tradiciones absurdas que le servían de asiento deleznable.

Parecía, pues, imposible que ninguno de los partidos revolucionarios tendiera nunca á dar un paso atrás que le espusiese á caer allí donde se habían hundido los enemigos declarados de la libertad y de la patria.

Y, sin embargo, la actitud en que se coloca alguna parte de la unión liberal, amenazando arrastrar á todo el partido, infunde serios temores de que la conciliación se rompa por la tendencia fatal de volver la vista atrás con pretextos que con-

dena al país, que ha dado relevantes pruebas de que tiene serenidad para no dejarse arrastrar por los ilusos al abuso de la libertad, y de que tiene presentes las lecciones del pasado para no consentir jamás la imposición y el dominio de las preocupaciones del antiguo régimen.

Nos es posible retroceder. Como el partido republicano ha sucumbido por impaciencia, sucumbirá para la Revolución el partido que retroceda por miedo á la libertad y por falta de fé en la obra revolucionaria.

Si aun es tiempo, oigan nuestra voz, que es la voz de un amigo, los hombres de la unión liberal. Entre los dos marcados puntos extremos hay abierto un largo y anchuroso camino, que es el que deben recorrer con firmeza, con valor y con serenidad todos los sinceramente revolucionarios, amantes del progreso, de la libertad y del engrandecimiento de la patria.

En ese camino no se da un paso sin intentar y realizar reformas, sin más preocupación que el bien y la prosperidad del país. Fuera de ese camino no es verdad la Revolución; fuera de ese camino no hay amigos para nosotros; cuantos no sigan esa senda serán nuestros contrarios; los que de ella se aparten hoy serán los responsables de cuantos conflictos pueda traer el rompimiento de los lazos que ha formado la Revolución. Entre los que por esos lazos se hallan unidos, no debe haber hoy más que revolucionarios; los que dejen de serlo reniegan de la fé jurada, y conspiran contra la salud de un pueblo que debemos hacer próspero, libre y grande.

En el periódico oficial apareció ayer el parte detallado de la insurrección republicana, que á S. A. el regente dirige el ilustrado presidente del Consejo de ministros.

A primera vista se comprende todo lo que hemos venido sosteniendo estos días acerca del talento y pericia militar del bravo marqués de los Castillejos; pues basta su lectura para probar desde luego que á las disposiciones tomadas por el general Prim se debe en gran parte el feliz resultado que esta vez ha obtenido la causa del orden y la libertad.

Tiempo hacía que el partido republicano federal venía organizando sus huestes para el momento de la lucha; tiempo hacía que, ejerciendo por todas partes una poderosa propaganda, y predicando las más halagüeñas doctrinas para ciertos espíritus revoltosos, había logrado infiltrar la duda en el corazón del país, merced á los disolventes principios que proclamaba, y por consiguiente irrealizables en una sociedad que acababa de nacer á la vida de la libertad.

No era extraño, pues, que á la sombra de una bandera que, desplegada á todos vientos, brindaba á los incautos con un rico botín, acudiesen los trásfugas de todos los partidos, los descontentos de todos los bandos, los ambiciosos por naturaleza y los hipócritas por egoísmo, que ansiosos de singularizarse, no habían de reparar seguramente en los medios con tal de llegar al fin apetecido.

Al lado de éstos, fuerza es confesarlo, se encontraron esas masas de hombres honrados que anhelan siempre un bienestar seguro, y que, engañados por el falso atavío de la República, profesaron de buena fé su amor hacia esa forma de gobierno, sin comprender que serían arrastrados por los primeros hacia el suicidio de su propia causa.

Esto, que estaba en el ánimo de todo el mundo, hacía presumir con harta razón que era inevitable un rompimiento, y algunos espíritus medrosos sonaron acazo con la ruina completa de nuestro edificio social y político. Fundábanse para ello en los reclutamientos públicos y continuos que se hacían, gracias á las erróneas teorías que se inculcaban en el ánimo de las muchedumbres; en las predicaciones de exterminio y venganza que tenían lugar en los clubs y hasta en las plazas públicas.

De temer, pues, era el instante de la lucha, si otras hubieran sido las manos que guisase el timon del Estado. Pero al frente del Gobierno de la nación se encontraba un práctico soldado, eterno campeón de la libertad, y vencedor en cien combates, que había jurado velar por la honra de la patria, y no podía consentir su menoscabo, aun á trueque de su existencia.

Por eso nosotros no dudamos un solo instante del éxito de la batalla; por eso nosotros pronosticamos la ruina de los federales, y el tiempo se encargó de hacer justicia á nuestros pronósticos.

El instante llegó: en diferentes provincias se vió enarbolado el estandarte de la rebelión, y cien periódicos, como otros tantos clarines de guerra, dieron la señal á sus parciales, y éstos correspondieron al belloso llamamiento.

Cuarenta mil rebeldes, repartidos convenientemente por las principales provincias de Castilla, Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en armas, y por no desmentir sus antecedentes políticos, trataron de reducir á la práctica sus disolventes doctrinas.

Hechos que repudian la moral y hasta la dignidad del hombre tuvieron lugar en diferentes puntos, y testigos fueron de tan atroces desmanes Valls, Cortés, Urbique y Cartagina, pues las más torpes armas se emplearon para destruir la obra gloriosa de setiembre.

Quizás los federales presumieron que empleando el terror y la venganza sumergirían el país á su paso, amedrentado con tan horribles escenas; pero olvidáronse que tenían que luchar con un pueblo de leales que aborrece el crimen, y hacer frente á un Gobierno presidido por el general Prim, por el soldado de Africa, por el político de Méjico.

Sólo veinte días bastaron para reducir á la impotencia al partido federal, y leyendo el parte á que en un principio nos referimos, y que en la sección correspondiente publicamos, vendrán nuestros lectores á convenir con nosotros en el gran servicio prestado por el héroe de Castillejos á la Revolución y á la patria; desbaratando una insurrección formidable, que se hubiera propagado rápidamente sin el celo y la actividad que le reconocen amigos y adversarios.

Felicitemos, pues, al país, hoy que se ve libre de las vandálicas huestes que han assolado sus campos y destruido sus ciudades, y felicitemos al general Prim, que ha sabido economizar la preciosa sangre de los soldados de la libertad, venciendo en noble lid á los que traidoramente trataron de oscurecer con sus bastardos actos los limpios blasones de la patria de los Padillas.

Con motivo de las graves cuestiones que se han discutido estos días en el seno de las reuniones parciales celebradas por las distintas fracciones de la Cámara, muy especialmente por la de unión liberal, que han sido en más número y muy largas, y en vista, sin duda, del giro que las discusiones han tomado, tanto *La Política* como *El Diario Español*, representantes en la prensa de aquella fracción, escriben anoche furibundos artículos, llenos de pa-

Este, que estaba en el ánimo de todo el mundo, hacía presumir con harta razón que era inevitable un rompimiento, y algunos espíritus medrosos sonaron acazo con la ruina completa de nuestro edificio social y político. Fundábanse para ello en los reclutamientos públicos y continuos que se hacían, gracias á las erróneas teorías que se inculcaban en el ánimo de las muchedumbres; en las predicaciones de exterminio y venganza que tenían lugar en los clubs y hasta en las plazas públicas.

De temer, pues, era el instante de la lucha, si otras hubieran sido las manos que guisase el timon del Estado. Pero al frente del Gobierno de la nación se encontraba un práctico soldado, eterno campeón de la libertad, y vencedor en cien combates, que había jurado velar por la honra de la patria, y no podía consentir su menoscabo, aun á trueque de su existencia.

Por eso nosotros no dudamos un solo instante del éxito de la batalla; por eso nosotros pronosticamos la ruina de los federales, y el tiempo se encargó de hacer justicia á nuestros pronósticos.

El instante llegó: en diferentes provincias se vió enarbolado el estandarte de la rebelión, y cien periódicos, como otros tantos clarines de guerra, dieron la señal á sus parciales, y éstos correspondieron al belloso llamamiento.

Cuarenta mil rebeldes, repartidos convenientemente por las principales provincias de Castilla, Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en armas, y por no desmentir sus antecedentes políticos, trataron de reducir á la práctica sus disolventes doctrinas.

Hechos que repudian la moral y hasta la dignidad del hombre tuvieron lugar en diferentes puntos, y testigos fueron de tan atroces desmanes Valls, Cortés, Urbique y Cartagina, pues las más torpes armas se emplearon para destruir la obra gloriosa de setiembre.

Quizás los federales presumieron que empleando el terror y la venganza sumergirían el país á su paso, amedrentado con tan horribles escenas; pero olvidáronse que tenían que luchar con un pueblo de leales que aborrece el crimen, y hacer frente á un Gobierno presidido por el general Prim, por el soldado de Africa, por el político de Méjico.

Sólo veinte días bastaron para reducir á la impotencia al partido federal, y leyendo el parte á que en un principio nos referimos, y que en la sección correspondiente publicamos, vendrán nuestros lectores á convenir con nosotros en el gran servicio prestado por el héroe de Castillejos á la Revolución y á la patria; desbaratando una insurrección formidable, que se hubiera propagado rápidamente sin el celo y la actividad que le reconocen amigos y adversarios.

Felicitemos, pues, al país, hoy que se ve libre de las vandálicas huestes que han assolado sus campos y destruido sus ciudades, y felicitemos al general Prim, que ha sabido economizar la preciosa sangre de los soldados de la libertad, venciendo en noble lid á los que traidoramente trataron de oscurecer con sus bastardos actos los limpios blasones de la patria de los Padillas.

Con motivo de las graves cuestiones que se han discutido estos días en el seno de las reuniones parciales celebradas por las distintas fracciones de la Cámara, muy especialmente por la de unión liberal, que han sido en más número y muy largas, y en vista, sin duda, del giro que las discusiones han tomado, tanto *La Política* como *El Diario Español*, representantes en la prensa de aquella fracción, escriben anoche furibundos artículos, llenos de pa-

Este, que estaba en el ánimo de todo el mundo, hacía presumir con harta razón que era inevitable un rompimiento, y algunos espíritus medrosos sonaron acazo con la ruina completa de nuestro edificio social y político. Fundábanse para ello en los reclutamientos públicos y continuos que se hacían, gracias á las erróneas teorías que se inculcaban en el ánimo de las muchedumbres; en las predicaciones de exterminio y venganza que tenían lugar en los clubs y hasta en las plazas públicas.

De temer, pues, era el instante de la lucha, si otras hubieran sido las manos que guisase el timon del Estado. Pero al frente del Gobierno de la nación se encontraba un práctico soldado, eterno campeón de la libertad, y vencedor en cien combates, que había jurado velar por la honra de la patria, y no podía consentir su menoscabo, aun á trueque de su existencia.

Por eso nosotros no dudamos un solo instante del éxito de la batalla; por eso nosotros pronosticamos la ruina de los federales, y el tiempo se encargó de hacer justicia á nuestros pronósticos.

El instante llegó: en diferentes provincias se vió enarbolado el estandarte de la rebelión, y cien periódicos, como otros tantos clarines de guerra, dieron la señal á sus parciales, y éstos correspondieron al belloso llamamiento.

Cuarenta mil rebeldes, repartidos convenientemente por las principales provincias de Castilla, Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en armas, y por no desmentir sus antecedentes políticos, trataron de reducir á la práctica sus disolventes doctrinas.

Hechos que repudian la moral y hasta la dignidad del hombre tuvieron lugar en diferentes puntos, y testigos fueron de tan atroces desmanes Valls, Cortés, Urbique y Cartagina, pues las más torpes armas se emplearon para destruir la obra gloriosa de setiembre.

Quizás los federales presumieron que empleando el terror y la venganza sumergirían el país á su paso, amedrentado con tan horribles escenas; pero olvidáronse que tenían que luchar con un pueblo de leales que aborrece el crimen, y hacer frente á un Gobierno presidido por el general Prim, por el soldado de Africa, por el político de Méjico.

Sólo veinte días bastaron para reducir á la impotencia al partido federal, y leyendo el parte á que en un principio nos referimos, y que en la sección correspondiente publicamos, vendrán nuestros lectores á convenir con nosotros en el gran servicio prestado por el héroe de Castillejos á la Revolución y á la patria; desbaratando una insurrección formidable, que se hubiera propagado rápidamente sin el celo y la actividad que le reconocen amigos y adversarios.

Felicitemos, pues, al país, hoy que se ve libre de las vandálicas huestes que han assolado sus campos y destruido sus ciudades, y felicitemos al general Prim, que ha sabido economizar la preciosa sangre de los soldados de la libertad, venciendo en noble lid á los que traidoramente trataron de oscurecer con sus bastardos actos los limpios blasones de la patria de los Padillas.

Con motivo de las graves cuestiones que se han discutido estos días en el seno de las reuniones parciales celebradas por las distintas fracciones de la Cámara, muy especialmente por la de unión liberal, que han sido en más número y muy largas, y en vista, sin duda, del giro que las discusiones han tomado, tanto *La Política* como *El Diario Español*, representantes en la prensa de aquella fracción, escriben anoche furibundos artículos, llenos de pa-

Este, que estaba en el ánimo de todo el mundo, hacía presumir con harta razón que era inevitable un rompimiento, y algunos espíritus medrosos sonaron acazo con la ruina completa de nuestro edificio social y político. Fundábanse para ello en los reclutamientos públicos y continuos que se hacían, gracias á las erróneas teorías que se inculcaban en el ánimo de las muchedumbres; en las predicaciones de exterminio y venganza que tenían lugar en los clubs y hasta en las plazas públicas.

De temer, pues, era el instante de la lucha, si otras hubieran sido las manos que guisase el timon del Estado. Pero al frente del Gobierno de la nación se encontraba un práctico soldado, eterno campeón de la libertad, y vencedor en cien combates, que había jurado velar por la honra de la patria, y no podía consentir su menoscabo, aun á trueque de su existencia.

Por eso nosotros no dudamos un solo instante del éxito de la batalla; por eso nosotros pronosticamos la ruina de los federales, y el tiempo se encargó de hacer justicia á nuestros pronósticos.

El instante llegó: en diferentes provincias se vió enarbolado el estandarte de la rebelión, y cien periódicos, como otros tantos clarines de guerra, dieron la señal á sus parciales, y éstos correspondieron al belloso llamamiento.

Cuarenta mil rebeldes, repartidos convenientemente por las principales provincias de Castilla, Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en armas, y por no desmentir sus antecedentes políticos, trataron de reducir á la práctica sus disolventes doctrinas.

Hechos que repudian la moral y hasta la dignidad del hombre tuvieron lugar en diferentes puntos, y testigos fueron de tan atroces desmanes Valls, Cortés, Urbique y Cartagina, pues las más torpes armas se emplearon para destruir la obra gloriosa de setiembre.

Quizás los federales presumieron que empleando el terror y la venganza sumergirían el país á su paso, amedrentado con tan horribles escenas; pero olvidáronse que tenían que luchar con un pueblo de leales que aborrece el crimen, y hacer frente á un Gobierno presidido por el general Prim, por el soldado de Africa, por el político de Méjico.

Sólo veinte días bastaron para reducir á la impotencia al partido federal, y leyendo el parte á que en un principio nos referimos, y que en la sección correspondiente publicamos, vendrán nuestros lectores á convenir con nosotros en el gran servicio prestado por el héroe de Castillejos á la Revolución y á la patria; desbaratando una insurrección formidable, que se hubiera propagado rápidamente sin el celo y la actividad que le reconocen amigos y adversarios.

Felicitemos, pues, al país, hoy que se ve libre de las vandálicas huestes que han assolado sus campos y destruido sus ciudades, y felicitemos al general Prim, que ha sabido economizar la preciosa sangre de los soldados de la libertad, venciendo en noble lid á los que traidoramente trataron de oscurecer con sus bastardos actos los limpios blasones de la patria de los Padillas.

Con motivo de las graves cuestiones que se han discutido estos días en el seno de las reuniones parciales celebradas por las distintas fracciones de la Cámara, muy especialmente por la de unión liberal, que han sido en más número y muy largas, y en vista, sin duda, del giro que las discusiones han tomado, tanto *La Política* como *El Diario Español*, representantes en la prensa de aquella fracción, escriben anoche furibundos artículos, llenos de pa-

Este, que estaba en el ánimo de todo el mundo, hacía presumir con harta razón que era inevitable un rompimiento, y algunos espíritus medrosos sonaron acazo con la ruina completa de nuestro edificio social y político. Fundábanse para ello en los reclutamientos públicos y continuos que se hacían, gracias á las erróneas teorías que se inculcaban en el ánimo de las muchedumbres; en las predicaciones de exterminio y venganza que tenían lugar en los clubs y hasta en las plazas públicas.

De temer, pues, era el instante de la lucha, si otras hubieran sido las manos que guisase el timon del Estado. Pero al frente del Gobierno de la nación se encontraba un práctico soldado, eterno campeón de la libertad, y vencedor en cien combates, que había jurado velar por la honra de la patria, y no podía consentir su menoscabo, aun á trueque de su existencia.

Por eso nosotros no dudamos un solo instante del éxito de la batalla; por eso nosotros pronosticamos la ruina de los federales, y el tiempo se encargó de hacer justicia á nuestros pronósticos.

El instante llegó: en diferentes provincias se vió enarbolado el estandarte de la rebelión, y cien periódicos, como otros tantos clarines de guerra, dieron la señal á sus parciales, y éstos correspondieron al belloso llamamiento.

Cuarenta mil rebeldes, repartidos convenientemente por las principales provincias de Castilla, Andalucía, Aragón, Cataluña y Valencia, se levantaron en armas, y por no desmentir sus antecedentes políticos, trataron de reducir á la práctica sus disolventes doctrinas.

Hechos que repudian la moral y hasta la dignidad del hombre tuvieron lugar en diferentes puntos, y testigos fueron de tan atroces desmanes Valls, Cortés, Urbique y Cartagina, pues las más torpes armas se emplearon para destruir la obra gloriosa de setiembre.

Quizás los federales presumieron que empleando el terror y la venganza sumergirían el país á su paso, amedrentado con tan horribles escenas; pero olvidáronse que tenían que luchar con un pueblo de leales que aborrece el crimen, y hacer frente á un Gobierno presidido por el general Prim, por el soldado de Africa, por el político de Méjico.

Sólo veinte días bastaron para reducir á la impotencia al partido federal, y leyendo el parte á que en un principio nos referimos, y que en la sección correspondiente publicamos, vendrán nuestros lectores á convenir con nosotros en el gran servicio prestado por el héroe de Castillejos á la Revolución y á la patria; desbaratando una insurrección formidable, que se hubiera propagado rápidamente sin el celo y la actividad que le reconocen amigos y adversarios.

Felicitemos, pues, al país, hoy que se ve libre de las vandálicas huestes que han assolado sus campos y destruido sus ciudades, y felicitemos al general Prim, que ha sabido economizar la preciosa sangre de los soldados de la libertad, venciendo en noble lid á los que traidoramente trataron de oscurecer con sus bastardos actos los limpios blasones de la patria de los Padillas.

Con motivo de las graves cuestiones que se han discutido estos días en el seno de las reuniones parciales celebradas por las distintas fracciones de la Cámara, muy especialmente por la de unión liberal, que han sido en más número y muy largas, y en vista, sin duda, del giro que las discusiones han tomado, tanto *La Política* como *El Diario Español*, representantes en la prensa de aquella fracción, escriben anoche furibundos artículos, llenos de pa-

desapareció, el trozo de contrate saltó en pelazos y el buque descendió bruscamente.

La muchedumbre cerró los ojos: el marinero debía haber sido destrozado por la quilla.

El buque entró en el mar en medio de una sávana de espuma, se balanceó de atrás adelante, y al erguirse de nuevo mostró al extremo de una cuerda que pendía del foque de proa al intrépido marinero, que fué recibido en medio de las delirantes aclamaciones de todos los espectadores.

Mr. d'Herbois y Mr. de Renneville se habían salvado: nada habían podido ver de lo que pasó durante el tiempo en que se hallaban enterrados; ignoraban el peligro que habían corrido y la ahnegacion de su salvador; así es que cuando trajeron á aquel chorreando de pies á cabeza, parecían no comprender la ovación de que había sido objeto.

—¡Mahurec! —exclamaron á la vez el marqués y el vizconde, no bien supieron el paso al peligro.

—Ya está hecho, —respondió el marinero buscando el medio de sustraerse á tantos ojos como en aquellos momentos se fijaban en él;— el casco bueno, la quilla sana, y ninguna avería.

El marqués y el vizconde fueron conducidos á presencia del almirante. El viejo marinero cuyo puesto habían ocupado tan felizmente, vino á postarse de rodillas ante ellos. La gente se agrupaba en torno suyo; un sentimiento de alegría embargaba todos los corazones.

Bianca presentó á Carlos y Enrique la recompen-

sa acordada por la autoridad, y Leonor el producto de la cuestacion hecha bajo sus auspicios.

—Solamente á tan esforzados oficiales, —dijo el almirante, —pertenece todo el reconocimiento de este pobre hombre.

Y con el gesto indicó á los dos oficiales tomasen lo que les presentaban los dos jóvenes, con objeto de que el doble premio de su valor fuese por ellos mismos puesto en manos de su protejido; pero el marqués y el vizconde lo rehusaron.

—Es á la noble inspiración de las señoritas de Niorres, —dijo Renneville, —á quien debemos la dicha de haber cumplido un acto de generosidad, y por lo tanto, á ellas solas corresponde el honor de la recompensa.

—Y á nuestra vez sólo pedimos una palabra de nuestro almirante, para recomensar á nuestro salvador, —añadió el marqués cojiendo por las manos á Mahurec y obligándole á presentarse.

El pobre marinero, conmovido y avergonzado, miraba con ojos extraños todo lo que le rodeaba, y daba entre sus dedos repetidas vueltas á su sombrero de paja.

—Mañana, —dijo el almirante, —el nombre de Mahurec será fijado al pié del palo mayor de todos los buques surtos en el puerto, y en su honor levantarán todos los castigos impuestos desde hace cuarenta y ocho horas.

Mahurec quiso dar las gracias, pero no pudo articular ni una sola palabra, y siguiendo su costumbre,

han abjurado de su existencia de otros tiempos. Ambos pertenecen á distinguidas familias; vuestras hijas los aman, y yo quiero bendecir esta union cuando sea sancionada por mi padre, que es el jefe de nuestra familia.

Algunos días después de esta conversacion, por la cual quedaron concertados los dos matrimonios, el obispo, su tia y sus dos primas partieron para París.

El vizconde y el marqués lo siguieron; pero desgraciadamente la dicha que presentaban los dos jóvenes al verse en vísperas de la realizacion de su más grato deseo, puesto que contaban como concedido el consentimiento del consejero; desgraciadamente, volvemos á repetir, aquella dicha no estaba exenta de disgustos íntimos, que turbaban la tranquilidad de los dos amigos.

Sus locuras de otros tiempos les habían creado un porvenir difícil.

Después de haber devorado su patrimonio, Herbois y Renneville habían adquirido numerosas deudas, y la pasión que de pronto naciera en su corazón había absorbido de tal modo todas sus ideas, que todo lo olvidaban ante la presencia de su amor. Pero los acreedores; que no tenían iguales motivos para perder la memoria, se habían vuelto tanto más exigentes recalcitrantes, cuanto esperaban que el obispo acudiese en un día no lejano en scorro de sus fuertes primos.

El marqués y el vizconde, para evadirse de persecuciones desagradables, se habían echado en ma-

—¡Ven, Carlos! —exclamó el vizconde levantándose á su compañero y lanzando á Leonor una mirada llena de cariño.

Las dos jóvenes permanecieron por un momento como heridas por un rayo.

En aquel instante el obispo acababa de bendecir la fragata, y un redoble de tambor resonaba en el espacio. Las últimas trucas cayeron, y quedaron sueltas todas las amarras.

La fragata en aquel supremo instante mostraba su enorme masa suspendida en equilibrio sobre el plano inclinado. En el último contrate se hallaba únicamente sostenido el buque.

El ingeniero constructor acababa de examinar la regla graduada, y juzgando que la cantidad de agua producida por la altura de la marea era la suficiente para recibir el buque, transmitió según costumbre aquel aviso al director general del puerto, quien á su vez le transmitió al almirante. Aquel hizo una señal y los tambores redoblaron por segunda vez.

El viejo marinero se resignó y se aproximó al contrate.

Un estremecimiento general conmovió á todos los concurrentes. Todos los rostros palidieron de nuevo.

Los tambores redoblaron por tercera vez. El viejo marinero levantó el bacha, pero su mano izquierda, mutilada y sin fuerzas, le falló, y no pudo servirle mas que del brazo derecho.

Un unánimo grito de angustia se escapó de todos los labios.

—¡Ven, Carlos! —exclamó el vizconde levantándose á su compañero y lanzando á Leonor una mirada llena de cariño.

Las dos jóvenes permanecieron por un momento como heridas por un rayo.

En aquel instante el obispo acababa de bendecir la fragata, y un redoble de tambor resonaba en el espacio. Las últimas trucas cayeron, y quedaron sueltas todas las amarras.

La fragata en aquel supremo instante mostraba su enorme masa suspendida en equilibrio sobre el plano inclinado. En el último contrate se hallaba únicamente sostenido el buque.

El ingeniero constructor acababa de examinar la regla graduada, y juzgando que la cantidad de agua producida por la altura de la marea era la suficiente para recibir el buque, transmitió según costumbre aquel aviso al director general del puerto, quien á su vez le transmitió al almirante. Aquel hizo una señal y los tambores redoblaron por segunda vez.

El viejo marinero se resignó y se aproximó al contrate.

Un estremecimiento general conmovió á todos los concurrentes. Todos los rostros palidieron de nuevo.

Los tambores redoblaron por tercera vez. El viejo marinero levantó el bacha, pero su mano izquierda, mutilada y sin fuerzas, le falló, y no pudo servirle mas que del brazo derecho.

Un unánimo grito de angustia se escapó de todos los labios.

—¡Ven, Carlos! —exclamó el vizconde levantándose á su compañero y lanzando á Leonor una mirada llena de cariño.

Las dos jóvenes permanecieron por un momento como heridas por un rayo.

En aquel instante el obispo acababa de bendecir la fragata, y un redoble de tambor resonaba en el espacio. Las últimas trucas cayeron, y quedaron sueltas todas las amarras.

La fragata en aquel supremo instante mostraba su enorme masa suspendida en equilibrio sobre el plano inclinado. En el último contrate se hallaba únicamente sostenido el buque.

El ingeniero constructor acababa de examinar la regla graduada, y juzgando que la cantidad de agua producida por la altura de la marea era la suficiente para recibir el buque, transmitió según costumbre aquel aviso al director general del puerto, quien á su vez le transmitió al almirante. Aquel hizo una señal y los tambores redoblaron por segunda vez.

El viejo marinero se resignó y se aproximó al contrate.

Un estremecimiento general conmovió á todos los concurrentes. Todos los rostros palidieron de nuevo.

Los tambores redoblaron por tercera vez. El viejo marinero levantó el bacha, pero su mano izquierda, mutilada y sin fuerzas, le falló, y no pudo servirle mas que del brazo derecho.

Un unánimo grito de angustia se escapó de todos los labios.